

TOCANDO EL LÍMITE: CUERPO PROPIO, PIEL Y MOVIMIENTO

Alejandro Laregina / Universidad de Buenos Aires

Nuestra piel parecería presentársenos como aquello que delimita nuestro cuerpo, esa delgada capa que separa aquello más propiamente nuestro de su exterior. La piel es lo que nos envuelve, delimita el contorno de nuestra existencia. Esta idea de contorno y límite podría llevarnos a considerar como cuerpo propio a la masa opaca de músculos, huesos y sangre entremezclados envueltos por la piel. Masa que ocupa un lugar en el espacio objetivo, masa delimitada y cerrada sobre sí misma, un objeto más entre otros, totalmente constituido. Pero siguiendo el pensamiento desarrollado por Merleau-Ponty consideramos que el cuerpo propio ni es un objeto más entre otros, ni se encuentra totalmente constituido.

El autor francés pone de manifiesto desde su obra temprana *La estructura del comportamiento* que el cuerpo propio no es un agregado de partes extra partes, no es un objeto más entre otros (Merleau-Ponty, 1976) ocupando la piel un lugar no menor en el desarrollo de su análisis del reflejo, donde muestra que la relación entre excitaciones nerviosas (y cutáneas) y respuestas no se delimita por un campo de receptores anatómicamente circunscriptos, sino que intervienen tanto las estimulaciones inmediatamente anteriores como la situación en la que se efectúa el estímulo (Merleau-Ponty, 1976: 27/44). Por ello, a pesar de la gran cantidad de exteroceptores distribuidos en la piel destinados a captar niveles de presión, temperatura, dolor (aproximadamente cincuenta receptores cada cien milímetros cuadrados (Montagu, 1981: 4)) la piel no es considerada meramente una extensión sensible anatómicamente circunscripta y mecánicamente destinada a transmitir datos físicos unívocos desde el exterior del organismo. La piel es la envoltura de la existencia, es repliegue del cuerpo sobre sí, pero es también despliegue del cuerpo en el mundo. En la plasticidad y elasticidad de la piel se muestra la tensión de la existencia. Como bien señala Drew Leder, tensión que oscila entre el organismo y el medio, el foco y el fondo, entre la superficie y la profundidad, entre la aparición y la desaparición (Leder, 1990: 91), pero que encuentra su encastre con el mundo en la superficie corporal (Leder, 1990: 11). Llevaremos a cabo una descripción fenomenológica de la piel, abordando las relaciones tendidas entre el sentido del tacto y el cuerpo propio a través del movimiento.

I. La piel como límite.

Hemos mencionado anteriormente características de nuestra piel, flexibilidad y elasticidad, que le posibilitan officiar de envoltura de nuestro cuerpo. Como toda

envoltura, pretende delimitar aquello que es envuelto, separando lo envuelto de lo que le es extraño, oficiando de barrera. La piel es la barrera del contacto, y como tal, no sólo está en contacto con lo envuelto sino también con el medio en que se encuentra o contra aquello en que se apoya, es la encargada de permitir o no el paso de un lado al otro (Anzieu, 1998: 86). Siguiendo con las series complementarias que marcaba Leder podemos decir que la piel es permeable e impermeable. Transpiramos excretando agua y sales minerales, sin embargo la piel no absorbe el agua que entra en contacto con ella desde el exterior al mojarse. Pero nuestra piel permite no sólo la excreción de agua y minerales, también excretamos grasas y sustancias nocivas para el correcto funcionamiento del cuerpo. Aquí, nos interesa visualizar una primera dirección de paso: desde el cuerpo a su exterior. Y por otro lado, la piel también permite ser atravesada desde el exterior hacia adentro. Conocidas son las perniciosas influencias de los rayos ultravioletas y la necesidad de utilizar “pantallas” en forma de cremas para protección. Pero si se nos objeta que no es lo mismo permitir el paso de un rayo o una onda que de un líquido o un sólido, podemos remitirnos a la simple experiencia de clavarnos una espina de cualquier planta o flor de la que tengamos un recuerdo doloroso. La espina ingresa atravesando la piel, y en caso de no quitarla tempranamente, la piel podría llegar a regenerarse adoptando a la espina como parte propia dejándola del lado de adentro.

Nuestro lenguaje parecería darnos indicios del señalado rol delimitador de la piel, dentro/fuera, propio/extraño. Algo extraño como una espina puede volverse propio si la piel lo reconoce como tal y le permite su estadía del lado de *adentro*. Tal es así que una de las marcas individuadoras que nos identifican en tanto existentes únicos e irrepetibles es nuestra huella digital. Nuestra piel lleva la marca de nuestra individuación. Nos *presentamos* dando la mano, y no solamente en la cultura occidental, sino que el saludo a partir del contacto de manos y brazos juegan un rol central en diversas culturas (Montagu, 1981: 318-324). Pero a pesar de estas ilustraciones, no siempre lo propio es lo que se encuentra dentro del envoltorio proporcionado por la piel y extraño todo lo que se halla fuera de él. Podemos encontrar plasmada esta complejidad de manera drástica en el íntimo relato de Jean-Luc Nancy que hace en su obra *El Intruso*, donde expresa la manifiesta amenaza que constituyó para su vida su *propio* corazón enfermo, poniendo en tela de juicio lo propio de su corazón (Nancy, Jean-Luc: 2006). Sin alejarnos del sendero fenomenológico, en la letra merleau-pontyana se describe la apropiación que hace un ciego de su bastón, expandiendo su cuerpo propio hasta el extremo del bastón, tanto motrizmente para ayudarse a caminar como perceptivamente, como ampliando el sentido del tacto hasta la punta del bastón que recibe las vibraciones (1957: 156). Luego retornaremos a este análisis.

La piel es no sólo el envoltorio que protege y sostiene esa masa oscura de huesos, músculos y sangre, la piel no es el “extra” del “partes extra partes”, como si el cuerpo fuese un objeto más entre otros. La piel es contención, pero también es distensión, es pliegue, repliegue, despliegue. La piel tiene espesor. Pero no nos referimos sólo al

espesor anatómico, ese que se deja entrever en las heridas, en las ampollas, ese espesor que aloja grasa, agua, pelos. La piel es más fácil o más difícil de atravesar. La piel es superficie expresiva, donde “un interior se revela al exterior” (Merleau-Ponty, 1957: 354). La piel, como se ocupó de mostrar Truffaut en su obra cinematográfica, es más o menos dura, se deja atravesar más o menos fácilmente. Es más expresiva y flexible o más rígida y opaca. De este modo, la piel es una pantalla en un doble sentido, pantalla en tanto filtro tal como describimos previamente, y pantalla como lugar de expresión. Pero a su vez, este último sentido de pantalla nos lleva tanto a la expresión, como puede darse en el rubor o en la “piel de gallina”, como a la inscripción que se hace desde el exterior, en cicatrices, marcas, tatuajes, etc. La piel es un lugar de comunicación¹. En relación con la piel como lugar de comunicación se encuentran dos de los rasgos fenomenológicos más relevantes de la piel: en primer lugar, que la piel no cesa en ningún momento de recibir estímulos del exterior, la piel no se puede negar a ser tocada, mientras que los ojos pueden cerrarse, la nariz y los oídos taparse, la piel se encuentra en una exposición absoluta al medio (aun cuando podamos taparla completamente con ropa la piel no dejará de ser tocada por la misma) como bien dice Montagu “la piel casi nunca está ocupada...” (Montagu, 1981: 122); y en segundo lugar, que la piel se encuentra en contacto directo e inmediato con aquello tocado o tocante, en palabras de Agustín Serrano de Haro que “la percepción externa por tacto resulta así percepción en el tacto” (Serrano de Haro, 1997: 206). De este modo, continuamos nuestra descripción fenomenológica de la piel como límite en una descripción fenomenológica de la piel como órgano del tacto, tocando y siendo tocada; dejando para la última sección del trabajo la relación entre la *reversibilidad* de la piel y las implicancias de la posibilidad o imposibilidad de tocarse tocando en la constitución del cuerpo propio.

II. Piel, movimiento y tactilidad: tocar y ser tocado.

“Inclusive en las partes más diferenciadas de nuestra superficie táctil, una presión sin movimiento apenas si procura un fenómeno identificable.”
(Merleau-Ponty, 1957: 349).

La piel es el órgano del tacto, y al ofrecerse como una superficie que envuelve totalmente a nuestro cuerpo nos lleva a preguntarnos si en toda su extensión es igualmente homogénea y permite el mismo tipo de percepción. Inmediatamente asociamos el tocar con las manos, y así lo expresa José Gaos al llevar a cabo su

¹ Para acudir a algunos ejemplos que exceden la perspectiva fenomenológica ver Anzieu (1998: 193) donde se relata la sesión terapéutica de un paciente en la que se relaciona la secreción de olores y transpiración por los poros de la piel como una expresión de agresividad. También en Anzieu (1998: 32-33) la relación del masoquismo y la piel, y la significación psicoanalítica de los arañazos, heridas y mutilaciones infringidas en el propio cuerpo.

descripción fenomenológica de la caricia, subsumiendo el resto de las experiencias táctiles a experiencias deficientes (Gaos, 2010: 53). Las manos no sólo muestran una mayor finura y discriminación en la sensibilidad, sino que fundamentalmente permiten una mayor exploración táctil de lo tocado, más cantidad de matices, de los cuáles acariciar es uno de ellos. Difícil resultaría acariciar un objeto irregular con el lóbulo de la oreja, mucho más con su parte cavernosa interna. Esta diferencia expresa la distinción que Merleau-Ponty lleva a cabo entre tacto cognoscente y tacto pasivo (Merleau-Ponty, 1957: 349). El “tacto cognoscente” es un tacto explorador, que lleva a cabo una tarea activa encarnando una intencionalidad motriz y lanzándonos en su movimiento fuera de nuestro cuerpo hacia el objeto tocado (Merleau-Ponty, 1957: 349). Este tocar nos proporciona datos del objeto. Mientras que el “tacto pasivo” como aquel que se da en el interior de la oreja o de la nariz nos proporciona más datos de nuestro cuerpo que del objeto tocante. Esta diferencia entre tacto cognoscente y tacto pasivo la retomaremos al relacionarlos en la última sección del trabajo.

Continuando con la descripción del tocar, consideremos aquellas características anatómicas señaladas en nuestra primera sección que adjudicaban a la piel la capacidad de percibir *en* la piel temperatura, presión, dolor², textura. Serrano de Haro retoma el análisis husserliano de la tactilidad, señalando una nota distintiva más a aquellas que ya hemos señalado (la disponibilidad permanente de la piel para la percepción y la tactilidad de lo tocante): “la percepción por el tacto no está regida por una precisa cualidad uniforme (...) En la misma aprehensión yo noto, por ejemplo, la suavidad y la tibieza de la mano tocada” como una combinación de contenidos hyléticos táctiles que se cruzan con nuevos datos táctiles (Serrano de Haro, 1997:104). Pero Merleau-Ponty desestimará el enfoque husserliano en este punto, y señala por ejemplo que lo liso, no es una “suma de presiones semejantes” sino un estilo que tiene una superficie de modular nuestra mano (Merleau-Ponty, 1957:349). Afirma Merleau-Ponty que “Quien toca y reconoce lo liso o lo áspero no pone sus elementos, ni las relaciones entre estos elementos, no los piensa parte por parte. No es la conciencia la que toca o la que palpa, sino la mano (...)” (1957:350).

Y la mano no puede ofrecer sino en una simbiosis con lo tocado en la que intervienen todos los sentidos. Para Merleau-Ponty el fenómeno “táctil puro” no existe en la experiencia normal y sólo un cuadro patológico sería capaz de proporcionarnos una experiencia reducida a lo táctil (Merleau-Ponty, 1957:128). En esta simbiosis, lo que se percibe, tal como hemos señalado, no es una sumatoria de elementos combinados, sino un estilo de comportamiento. Sin ocuparnos en esta descripción del carácter intersensorial de la percepción de la cosa³ por exceder las pretensiones y posibilidades

² Para una profunda descripción fenomenológica de las relaciones entre la percepción del dolor y la atención ver Serrano de Haro (2010).

³ El análisis merleau-pontyano puede seguirse en (1957:351 y ss.) o en (2002: 27-34).

de este trabajo, nos limitaremos a mencionar que para Merleau-Ponty “la fragilidad, la rigidez, la transparencia y el sonido cristalino de un vaso, traducen una única manera de ser” (Merleau-Ponty, 1957:353).

Cabe señalar que para el autor francés, la exploración táctil del tacto cognoscente ofrece la posibilidad de una exploración de superficie o de dos dimensiones y una exploración de comportamientos más complejos de tres dimensiones tales como una corriente de agua o de aire en la que metemos la mano (Merleau-Ponty, 1957:350). Lo que reconocemos al poner la mano debajo de una caída de agua es un estilo de ser, reconocemos la fluidez del agua, el modo que tiene el agua de comportarse, en las palabras de Ponge que toma Merleau-Ponty, su vicio por la gravedad, su pasividad, su rechazo de toda forma... (Merleau-Ponty, 2002:32-33). Y en esta simbiosis con el objeto tocado no sólo se me da el estilo del objeto, sino que en el movimiento se muestra mi cuerpo.

III. La piel y el cuerpo propio: tocarse tocando.

“El cuerpo en reposo no es más que una masa oscura, lo percibimos como un ser preciso e identificable cuando se mueve hacia una cosa, cuando se proyecta intencionadamente al exterior (...)” (Merleau-Ponty, 1957:357)

Tocar, ser tocado, tocarse... La tactilidad trae aparejada el movimiento. En el movimiento el cuerpo se despliega, el límite se corre, se proyecta, se muestra como inaprensible. La piel es el órgano del tacto, y su oficio de límite entraña aquella distintiva característica de poder tocar o ser tocada que Husserl denominó “sensaciones dobles”.

Para la perspectiva husserliana retomada por el profundo análisis llevado a cabo por Serrano de Haro, la constitución del cuerpo está sentada originariamente y de manera absoluta en el sentido del tacto (Serrano de Haro, 1997:208). El cuerpo propio es presentado por Husserl como aquí absoluto de la experiencia, “aparecer cero” o “aparecer interno” (Serrano de Haro, 1997:210-213). Esta absolutización del cuerpo propio como sede del *aquí* presenta en primera instancia al cuerpo propio como en reposo, “aquí” y “ahora” nos indican un origen de la experiencia a partir de una quietud del cuerpo. Este análisis es coherente con la protocorporalidad originaria que proporciona la intuición “interna” del cuerpo táctil, protocorporalidad y fundamento del cuerpo propio que no necesita de ningún movimiento para constituirse. De este modo, el cuerpo propio como aquí y ahora absolutos de toda experiencia se encuentra originariamente constituido en la aprehensión interna del cuerpo táctil. En palabras de Husserl citadas por Serrano de Haro (1997: 211):

En lo que hace al cuerpo en su integridad, su modo de aparecer se asemeja al del reposo sin perjuicio del movimiento de sus miembros, de modo parecido a como el árbol reposa aunque sus ramas se muevan. Claro que la experiencia del reposo de cosas cualesquiera se acompaña de la posibilidad de que los fenómenos se transformen y constituyan movimiento de cosas. Ello es, justamente, lo que no cabe a propósito del cuerpo. (H XV, 263-264)

Frente a este enraizamiento del cuerpo táctil como protocorporalidad originaria de la constitución del cuerpo propio en la quietud del reposo y la absolutización del aquí y ahora, ya presentamos en nuestro epígrafe de esta sección que para Merleau-Ponty sin movimiento no hay percepción del cuerpo, en reposo el cuerpo no es más que una masa oscura apenas identificable. Del mismo modo, para el autor francés una presión sin movimiento tampoco nos ofrece más que un fenómeno apenas identificable (Merleau-Ponty, 1957:349). Podemos ver reflejada esta afirmación si acudimos a la simple y cotidiana situación en la que nos bañamos. Si nos duchamos y colocamos nuestro cuerpo bajo la cortina de agua que cae desde la ducha, la presión ejercida por las gotas de agua en su caída activa nuestra piel, sentimos nuestro cuerpo, no sólo el calor o el frío del agua, sino la extensión de la superficie cutánea que está siendo tocada. Pues el movimiento de la piel existe, no sólo por la presión ejercida por la fuerza del agua, sino también por la fuerza ejercida por nuestros músculos manteniendo el tono suficiente para sostenernos de pie bajo la ducha. Aunque nos mantuvieramos aparentemente quietos bajo la ducha, el estar parados ya implica movimiento. La lucha del cuerpo contra la gravedad se efectúa desde la intencionalidad motriz que tensa y dispone el cuerpo para mantenerse de pie. Así, aunque nos encontrásemos sin desplazarnos en el espacio objetivo, estamos efectuando una intencionalidad motriz. Por otro lado, si en lugar de una ducha llevamos a cabo un baño de inmersión, la situación es muy distinta. Si nos relajamos totalmente y nos dejamos caer sobre el fondo de la bañera, si dejamos que el agua se aquiete totalmente, no habrá ningún movimiento, pero tampoco habrá una clara percepción del cuerpo táctil, podemos experimentar lo que Leder llama la *dys-aparición* del cuerpo (Leder, 1990:1). Lejos de un contorno protocorporal constituido podremos experimentar a lo sumo una difusa sensación de calor o frío, de placer o displacer, dependiendo de la temperatura del agua, pero a pesar de encontrarse la mayor parte de nuestro cuerpo siendo tocado por el agua, este fenómeno no nos proporciona mayores indicios de nuestro cuerpo propio.

El cuerpo táctil, nunca puede para Merleau-Ponty estar completamente constituido ya que si estuviese totalmente constituido sería todo él objeto y haría falta un segundo cuerpo para percibirlo, y así sucesivamente (Merleau-Ponty, 1957:102). El cuerpo táctil es un cuerpo abierto, un cuerpo inacabado, un cuerpo que nunca puede encontrarse absolutamente aquí ni ahora, siempre se encuentra diferido, lanzado hacia delante. La reversibilidad de la piel, su posibilidad de tocar o ser tocada, no puede efectuarse simultáneamente. Una mano que toca no puede a la vez, en el mismo instante, ser tocada. Dos manos frotándose entre sí alternarán su rol de tocante y de tocada, de sujeto constituyente y de objeto constituido. Esta direccionalidad del tacto que impide a lo tocante ser a la vez tocado manifiesta para Merleau-Ponty la imposibilidad de que el

cuerpo propio esté completamente constituido (Merleau-Ponty, 1957: 102) El cuerpo táctil es un cuerpo inacabado, resultaría imposible percibir la totalidad del cuerpo táctil, ya que aquél órgano que lleve a cabo la búsqueda del tacto cognoscente no podrá a su vez ser tocado.

La fundamental importancia otorgada al movimiento por el autor francés nos lleva a la consideración del cuerpo propio no ya como un “aquí absoluto”, ni un “aparecer cero” o “aparecer interno”, el cuerpo propio es la estructura originaria que funda el hábito primordial, la perspectiva invariable, y la constante presencia de mi cuerpo. El cuerpo propio no se alimenta sólo de sensaciones sino que lo hace en mayor medida de intencionalidades motrices. La piel ya no va a presentarse como un contorno rígido de la protocorporalidad, sino como el lugar desde el cual el cuerpo propio se lanza al mundo. El límite del cuerpo propio se torna diferido y poco nítido, ya que no solamente resulta fenomenológicamente imposible constituir totalmente el cuerpo táctil por las razones que ya hemos presentado, sino que además el espesor de la piel se hace más variable y esponjoso, permitiendo adoptar como parte del cuerpo propio a partir del hábito, tanto un bastón para un ciego como un sombrero para una señora. La espacialidad del cuerpo propio se extiende, se despliega en las cosas... las cosas se hacen cuerpo. Como dice Merleau-Ponty en *Lo visible y lo invisible*: “Las cosas son la prolongación de mi cuerpo y mi cuerpo es la prolongación del mundo” (Merleau-Ponty, 2010:225).

De este modo, entendemos que la piel no sea el “extra” que separa por una “parte” el cuerpo de otra “parte” el mundo. Así como tampoco el cuerpo propio puede ser una sumatoria de partes unas contra otras, acopladas, fundidas y articuladas. La piel es una envoltura esponjosa, flexible y muy elástica que se distiende mucho más allá de los músculos que sostiene, delimitando sí, pero no el contorno de un objeto constituido, sino de las posibilidades motrices que cada ser en el mundo esté dispuesto a poner a prueba en el mundo del cual se es una extensión. El cuerpo táctil no sólo es un cuerpo inacabado, sino que es un cuerpo inacabable e inabarcable.

Esta descripción fenomenológica de la piel abre varios caminos a ser transitados en futuras investigaciones: desde la exploración de una tipicidad del “tocar”, investigando los distintos modos en que podemos tocar las cosas y a otros existentes, hasta una descripción topográfica de la piel que dé cuenta de las particularidades de las distintas zonas cutáneas que recubren el cuerpo, desde la diferencia entre la piel de los labios y de las manos hasta las diferencias que puedan existir entre la piel del cuerpo masculino y la piel del cuerpo femenino.

Bibliografía

- Anzieu, D. (1998). *El yo-piel*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Battan Horenstein, A. (2004). *Hacia una fenomenología de la corporeidad*. Córdoba, Arg.: Fac. de Filosofía y Humanidades Universidad Nacional de Córdoba.
- Gaos, J. (2010). *La caricia*. En Serrano de Haro, Agustín (Ed.). *Cuerpo vivido* (pp. 53-85). Madrid: Encuentro.
- Leder, D. (1990). *The absent body*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Merleau-Ponty, M. (1976). *La estructura del comportamiento*. Buenos Aires: Hachette.
- Merleau-Ponty, M. (1957). *Fenomenología de la Percepción*. México: FCE.
- Merleau-Ponty, M. (2002). *El mundo de la Percepción*. Buenos Aires: FCE.
- Merleau-Ponty, M. (2010). *Lo visible y lo invisible*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Montagu, A. (1981). *El sentido del tacto*. Madrid: Aguilar.
- Nancy, J.-L. (2003). *Corpus*. Madrid: Arena Libros.
- Nancy, J.-L. (2006). *El intruso*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Nancy, J.-L. (2007). *58 indicios sobre el cuerpo, Extensión del alma*. Buenos Aires: La Cebra.
- Serrano de Haro, A. (1997). *Fundamentos del análisis fenomenológico del cuerpo* (pp.185-216). En Serrano de Haro, Agustín (Ed.) *La posibilidad de la fenomenología*. Madrid: Complutense.
- Serrano de Haro, A. (2007). *La precisión del cuerpo*. Madrid: Trotta.
- Serrano de Haro, A. (2010). *Atención y dolor. Análisis fenomenológico* (pp. 123-161). En Serrano de Haro, A. (Ed.). *Cuerpo vivido*. Madrid: Encuentro.